

Cristo entregado por ustedes: El Pan del Cielo y el Cáliz de la Salvación



Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Como su pastor, tengo el privilegio de acompañarlos en muchos de los momentos más sagrados de la vida: bautizos y bodas, tiempos de alegría y también de dolor, momentos de fe y de lucha. En todo ello permanece un don constante: Cristo mismo, que no deja de alimentar, fortalecer y acompañar a su pueblo. Sin embargo,

existe un peligro que todo discípulo enfrenta: lo más sagrado puede volverse familiar, y lo familiar puede, poco a poco, ser tomado por sentado. Esto es especialmente cierto en la Sagrada Eucaristía, el mayor tesoro confiado a la Iglesia.

La noche antes de su Pasión, nuestro Señor Jesucristo tomó pan, dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomen y coman; esto es mi cuerpo.” Luego tomó el cáliz y dijo: “Beban todos de él; porque esta es mi sangre de la alianza” (cf. Mateo 26,26–28). Estas palabras no son un simple símbolo para contemplar ni un recuerdo del pasado. Son la promesa viva de Cristo que se realiza en cada Santa Misa. Lo que a nuestros ojos parece pan y vino se convierte, por el poder del Espíritu Santo y las palabras de Cristo, en su verdadero Cuerpo y Sangre. Como enseñó San Cirilo de Jerusalén, lo que parece pan y vino es, en realidad, el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Cuando Jesús reveló este misterio, muchos se escandalizaron. Dijo: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo... el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Juan 6,51). Y añadió: “Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes” (Juan 6,53). Estas palabras siguen siendo exigentes hoy. Algunos se alejaron entonces. También hoy podemos alejarnos con el corazón, aun permaneciendo físicamente cerca. ¿Con qué frecuencia nos acercamos al altar sin preparar el corazón? ¿Con qué frecuencia recibimos la Comunión de manera rutinaria, sin conciencia del don infinito que recibimos?

San Pablo advierte con seriedad: “Quien come el pan o bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor” (I Corintios 11,27). Esta advertencia no busca asustarnos, sino despertarnos a la fe y a la conversión. Pero también debemos recordar: la Eucaristía no es un premio para los perfectos, sino medicina celestial para los pecadores que buscan a Dios con sinceridad. Cada vez que recibimos la Sagrada Comunión, no recibimos una cosa, sino a una Persona: Jesucristo vivo y resucitado.

San Pablo pregunta: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?” (I Corintios 10,16).

Este don exige una respuesta: dejar que Cristo transforme nuestra vida. La Eucaristía no puede limitarse a un momento dominical; debe configurar toda nuestra existencia.

Por eso los exhorto a prepararse bien: examinen su conciencia, acérquense al Sacramento de la Reconciliación cuando sea necesario, cultiven el silencio interior, lleguen con tiempo a la Misa, y reciban al Señor con fe humilde: “Señor, creo; ayuda mi poca fe” (Marcos 9,24). A los padres y abuelos les ruego: enseñen a los niños con su ejemplo. Que vean en ustedes reverencia, oración y amor a la Eucaristía.

Hermanos y hermanas, Cristo no se reserva nada. Se entrega completamente. La pregunta no es qué es la Eucaristía, sino si permitiremos que transforme nuestra vida.

Que la Virgen María, Mujer de la Eucaristía, nos lleve siempre a su Hijo. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

P. Vilaire Philius
Párroco

